

PROVINCIA DE BURGOS, RAIZ DE CASTILLA; MADRE DE ESPAÑA

¿Cómo presentar lo que es la provincia más grande de la nación, que cuenta con más poblaciones, que se extiende desde las montañas cantábricas hasta las del Sistema Central? ¿Cómo contar su gesta de siglos, su lento proceso de acumular gentes y crear villas, ciudades, aldeas, granjas y casas de labor, roturando una gleba dura y, sin embargo, ubérrima de trigos y frutales? Sólo puede hacerse mostrando episodios aislados, pero aleccionadores, que muestren la personalidad de una tierra habitada por hombres curtidos y fuertes, por «dueñas» o mujeres de recio temple, madres de oscuros héroes del trabajo cotidiano, o de brillantes capitanes generales, conquistadores y guerrilleros.

Esto es lo que voy a intentar en las líneas que siguen. Si Dios me ayuda éste será el premio, en provecho de una mejor comprensión del destino histórico de los burgaleses; si no, que éstos me lo demanden.

TIERRAS DE BURGOS, CORAZON DE CASTILLA

Si la ciudad de Burgos es la *Caput Castellae*, las tierras burgalesas son el corazón de Castilla, pues no en vano Castilla nació allí. Corazón que irradia sangre y movimiento a la Historia, que nutre a la patria grande, a la que luego unificará. Castilla, *la vieja*, no en el sentido de envejecimiento y caducidad, sino de antigüedad, veteranía, experiencia, solera y mayorazgo. En ella la hoy provincia de Burgos, que ya lo era en tiempo de la dinastía de los Austrias, en contraposición, paradójicamente, con otra provincia que se llamaba de Castilla la Vieja. Provincia tan lograda que aunque el reformista Campomanes se quejaba del desorden de la compartimentación territorial, ni entonces ni ahora se ha variado sustancialmente el perímetro provincial burgalés, incluso con el disputado con-

dado de Treviño, escogida tierra desde tiempos de Alfonso VIII de Castilla, que no quiso cederlo al Rey de Navarra. Perímetro provincial que encierra tierras de muy distinta ecología, muy diferentes climas y productos, de llanuras y sierras, de páramos y de valles hortícolas, con ríos modestos o importantes, entre serranías que son fronteras, o pastos.

Tierras burgalesas, que han impreso su carácter a las gentes que las habitan, como dijera hace más de cien años Pascual Madoz, en su *Diccionario Geográfico*:

«Los burgaleses son taciturnos, serios, reservados, muy reflexivos, lentos en el obrar, de costumbres sencillas, ingenuos sin artificios, cortes con nobleza y sin afectación. Viven aislados y se comunican poco entre sí, y mucho menos con los extranjeros. Sus diversiones participan de su carácter, son poco variadas y sujetas siempre a una misma etiqueta» (Madrid 1846, tomo IV, página 520).

Corazón de Castilla, sí, por sus hechos y sus obras, pero por providencial imperio de la geografía, su territorio es paso obligado en todas direcciones, formando una cruz que es casi una rosa de los vientos. Caminos del Norte al Sur, del Este al Oeste, pero también en cruce del Nordeste al Sureste, y viceversa. Vía de penetración desde la Europa central y septentrional, paso de las tierras mesetarias a la mar de los cántabros, como salida al mar por la corriente del Duero, o asomo a la meseta Sur por Somosierra.

¿DE DONDE VIENEN LOS BURGALÉSES?

Una primera contestación a esta pregunta sería decir que del Condado de Castilla, y sería cierta, porque hasta que se consolida la ocupación de la alta meseta y se crea luego e independiza, por obra de Fernán González, el Condado, no obtiene personalidad histórica propia el terruño burgalés. Pero ésta es una aclaración histórico política y «oficial», que no contesta a la interrogante. Si queremos saber de dónde salieron los primeros burgaleses, debemos mirar el asunto desde otro ángulo, del de poblamiento. Y también en este caso debemos darle la vuelta al tema. Todos saben —o creen saber— que las tierras burgalesas fueron ocupadas por los cazadores primitivos, por los neolíticos que construyeron dólmenes para enterrar sus muertos, por los romanos, por los alanos, los visigodos, y antes por los que los historiadores llaman «primeros pobladores»: los celtas. Según estas nociones, los burgaleses descenderían de estas sucesivas capas de población. Pero no fue así. Para enterarnos de-

bemos consultar las crónicas del siglo IX y del X., que nos presentan una realidad muy diferente. Esta es que la invasión árabe y la acción conquistadora —reconquistadora— de asturianos y leoneses significan un «borrón y cuenta nueva» en la historia del poblamiento de la tierra burgalesa. Esta es la fortuna de la genalogía genética de los burgaleses de hoy.

Repasemos la Historia. La conquista árabe se extiende, a partir de 711, desde Andalucía hacia el Norte, queriendo penetrar en el Continente, intento en el que fracasan al ser detenido el Ejército de Abder-Rahman «el Gafequí» en Poitiers en 735 por obra del caudillo franco Carlos Martel. Han de resignarse los invasores con quedar en la península, ocupando entonces los «campos góticos», así llamados porque en el siglo VI —tras su guerra con los suevos— los visigodos habían instalado allí a sus gentes. De este modo queda establecida en el propio siglo VIII una frontera viva entre el paciente estallido asturiano, cristiano, y los recién llegados. Una frontera viva entre vecinos hostiles, es un peligro constante para la parte más débil, en este caso los cristianos. Se imponía una medida de cirujano, drástica, para evitar los males de las «razzias» musulmanes. Esta medida fue tomada por el Rey Alfonso I, aprovechando las luchas entre los jefes árabes —los venidos de Oriente— y los musulmanes nuevos, es decir, los bereberes africanos.

La acción del Rey Alfonso consistió en la creación de un desierto estratégico entre el sistema central —Somosierra— y Cantabria, para lo cual, como dicen las crónicas del siglo IX, «en todos los castros, villas y aldeas que ocupó, mató a los pobladores árabes, y a los cristianos los llevó consigo a la patria». Esta patria era Cantabria y las Bardulias, tierras septentrionales de Burgos.

La dura estrategia rendía sus frutos. La alta meseta quedaba desertizada —sin habitantes y, por lo tanto, sin cultivos— hacia el año 750. Era esta «nomans land» una especie de glacis, que frenaba las incursiones musulmanas, que no podían arriesgarse a atravesar páramos y lugares inhabitados, donde no podían conseguir alimentos. Este abandono voluntario de lo que luego serían las tierras burgalesas, no tiene una intención definitiva, como si los reyes cristianos les hubieran prometido un «volveremos». Casi medio siglo después se inicia la repoblación ¿Qué significa esto? Significa lo que quiero poner de manifiesto ahora, que la futura provincia de Burgos se ha «limpiado» de gentes, y que de las capas primitivas no queda nada —como no sean sórdidas y pequeñísimas agrupaciones humanas, en recovecos del paisaje— y que los verdaderos

ancestros de los habitantes que ya podemos llamar burgaleses, son aquellos que vinieron a llenar los vacíos producidos por Alfonso I.

La batalla de Lutos (794) y la derrota que sufre Hixen II, permite a Alfonso II, *el casto*, iniciar la repoblación. Observemos una nota curiosa: hay muchos Alfonsos en la Historia española, pero fueron más numerosos los *alfonsos* castellanos, hasta el punto de que en las crónicas árabes se designa a los reyes leoneses y castellanos, aunque fueran Ordoños o Fernandos, como «el Alfonso».

Alfonso II, como decimos, inicia la repoblación, trayendo millares de gentes, descendientes de aquellas que se habían refugiado en el Norte, donde había vivido apretadas en «tierra angosta y fallida de viandas», como escribe las crónicas posteriores. El Rey propone, y los magnates disponen la ejecución de las medidas repobladoras. Así el abad Vitulo llevaba gentes (año 800) al *área Patrianini* —Espinosa de los Monteros—, el obispo Juan repoblaba Valpuesta (año 804) y el Conde Gundemiro hacía lo mismo en Bricia y Sotoscueva (año 811). De este modo, al siglo justo de la invasión musulmana, la región burgalesa se convierte en avanzadilla meridional de la zona cristiana, amenazando también a los jefes árabes del Oriente. En 814, según los *Anales Castellanos*, «los foramontanos salieron de Malacoria (Mazcuera seguramente) y vinieron a Castilla». Porque aquello ya comenzaba a llamarse Castilla y, como dice Fray Justo Pérez de Urbel, los labradores ocupaban los valles y llanadas, mientras los barones se afincaban —con castillos— en los altos, para protegerlos y, de paso, asegurar el mantenimiento alimenticio. Ya desde el año 800 la zona de Espinosa de los Monteros, Medina de Pomar y Villarcayo recibía este nombre de *Castilla*. Vemos, pues, que la primacía de este nombre corresponde, sin dudas, a las tierras burgalesas y, por ello, no es abusivo ni extremado llamarlas, como lo vengo haciendo, «coirazón de Castilla», que luego por el impulso de estas gentes se hace mucho más amplia y extensa.

Todo el siglo IX es una verdadera fiesta de repoblamiento, pese al poderío que aún mantiene, militarmente, el Califato cordobés. Una verdadera riada de gente viene a ocupar lo que se había abandonado en el siglo anterior. Son vascones los que llenan los vacíos de la zona oriental —no olvidemos que en los manuscritos emilianenses aparecen juntos, escritos por primera vez, el castellano y el eúskaro—, mientras en la occidental penetran godos y cántabros, descendientes de otros de su misma estirpe, poco romanizados. Ingredientes ambos para que se forjara una nueva raza, batida en el yunque de la frontera —constantemen-

te atacada por el enemigo musulmán— y defensora de su libertad. No es ésta una apreciación vana, sino un hecho cierto, ya que el espíritu de libertad rebelde y auto-determinadora es lo que constituye, desde entonces, la esencia del castellano burgalés. Si los reyes desean tener una muralla humana, que fije la frontera, lo mismo que los árboles fijan el terreno, tienen que reconocer a los abnegados repobladores su *fuero*, es decir, un estatuto de libertades municipales, de tierras comunales, de exenciones, fuero escrito en pergamino, firmado por el monarca y el escribano real, corroborado por *testes* (testigos) fiables, y *confirmado* con sus nombres por los magnates y allegados al entorno real. Estos *privilegios* —que significan ley privativa, exclusiva, para la ciudad, villa o aldea fundada— serían copiados por cada nuevo Rey, desde el momento de su acceso al trono. Cántabros, vascones y godos forman pues la argamasa primera de los futuros burgaleses.

¿Cómo podían ser gobernadas estas lejanas gentes de frontera, que sólo contaban con sus fuerzas para contener al enemigo secular? Los reyes no tenían aún medios suficientes —pensar en aquella época en un Ejército permanente sería sueño o utopía—, y por esta razón los burgaleses eligen de entre ellos mismos a los *omes buenos*, o jueces, primera forma intuitiva de democracia, que marca un sello permanente en la fiera independencia de estas gentes, lo que produciría, en el siglo X, el desgajamiento de Castilla como Estado, Condado, soberano.

Van naciendo en este siglo noveno poblaciones que son ya esqueleto o armazón de las futuras tierras burgalesas. Entre ellas, por *Didacus Comes Porcellus*, la propia ciudad de Burgos, cuyo nombre extravasaría de su alfoz para denominar homogéneamente a todas las tierras y villas que se iban creando. El Conde Nuño Núñez fundaba Castrojeriz (año 884), posiblemente —aunque hay quien lo duda— sobre un antiguo *Castrum Caesaris* romano, y Gonzalo Fernández da vida a Lara, cuyo nombre sería noble apellido de un linaje famoso. Después, en el siglo décimo, se llegaría a la frontera natural del Duero, y desde Castrojeriz hasta Roa.

Lo restante ya nos es conocido, pertenece a la Historia grande: hay condes ya desde Ordoño I (850-866), que designará a su cuñado Rodericus para ocupar esta jerarquía, y por último Fernán González y la autonomía soberana para las tierras burgalesas y aledaños territoriales, que hoy incluso caen fuera de sus límites provinciales. Era el año de 945 de la era cristiana.

Pero toda esta historia, a cuyo desfile sumario vamos asistiendo, seguirá tejiendo el cañamazo invisible, pero real y casi tangible, del crisol

de la raza. Porque el Camino Jacobeo traerá a borgoñones, francos, germanos de todo origen, italianos, provenzales y judíos, que se esparcen a lo largo del territorio burgalés. Algún historiador cree que las Villa-Franca que se hallan en la geografía de la provincia pudieran significar *Villa-Francorum*, es decir, de los francos o franceses. Sugerente hipótesis, si no supiéramos que este nombre provino de las franquicias y libertades que los reyes otorgaron a sus fundaciones, por fuero. Pero la conjetura no carece de fundamento, pues parte del hecho auténtico de la existencia de los barrios de franceses que hubo en muchas de las poblaciones burgalesas, hijos de las peregrinaciones de francos a Compostela.

La tierras burgalesas recibían por la vía jacobea la cultura de Europa, pero también les llegaba el flujo humano del Sur, de donde procedían los mozárabes, que significaban la vieja solera hispano-romana-visigoda.

LOS MOZARABES

Veamos quién eran éstos. Cuando la invasión musulmana, pese al proselitismo religioso de los conquistadores, muchos hispanorromanos y visigodos no se convirtieron al mahometismo, sino que pactaron con los vencedores un estatuto de convivencia, aunque tuvieron que aprender la lengua oficial —el árabe— conservando, no obstante su religión, sus jerarquías eclesiásticas y su lengua litúrgica, hasta entonces la única empleada, o sea el Latín. Recibieron el nombre de *mozárabes*, que algunos creen que significa medio-árabes, pero que en realidad —según la opinión de los especialistas— debe traducirse por *arabizados*, los que toman las costumbres y el idioma de los árabes. Convivieron dificultosamente bajo el Emirato y el Califato de Córdoba, con esporádicas sublevaciones y ante la presión fiscal —impuestos con que se oprimía—, hasta que comenzaron a emigrar a tierras cristianas, a medida que éstas se ensanchaban por obra de la Reconquista. Sucedieron tales cosas en el siglo IX y en el X de nuestra Era.

¿Qué era lo que los mozárabes habían conservado de las viejas tradiciones romano-visigóticas? Esencialmente la memoria de los ritos, la forma de decir la misa, y de oírla. Y también su arte de la pintura —mural y literatura— y de construir templos. Con esta emigración hacia el Norte, los reinos de León y del oriente peninsular recibían una inyección de cultura, renovación de las viejas raíces, que añoraban los cristianos que combatían por reconquistar las tierras que una vez fueron cohesionadas, bajo una sola mano, bajo una sola religión, por obra de los visigo-

dos. Los romanos se habían convertido al cristianismo con Constantino y los visigodos habían renunciado a la herejía *Arriana* —volviéndose católicos— con Recaredo, como todos sabemos. La herencia de estas antiguas formas culturales —vinculadas siempre a la Iglesia— venían a fortalecer las bien pobres de las gentes cristianas del Norte peninsular. Se instalaban especialmente los mozárabes en las zonas fronterizas, desde Galicia y León hasta el Pirineo aragonés, cubriendo también los predios castellanos.

Como era lógico, las tierras burgalesas recibieron asimismo la aportación mozarábe, incluso antes de que Castilla fuera Condado independiente y soberano, antes de que Burgos —su capital— pudiera ser la Cabeza de Castilla, antes de que existiera algo que en el porvenir sería la provincia de Burgos, pero que ya eran las tierras comprendidas en su demarcación actual como provincia.

A orillllas del Ebro, aún poco caudaloso, junto a las escarpaduras que hoy salva la carretera de Burgos a Santander, sólo iniciada a mediados del siglo XIX, la aldea, hoy población más importante, de Escalada, recibía a una comunidad mozarábe, que se dedicó, como primera obligación para con las gentes y la tierra que los recibía, a construir una iglesia de tres naves, con un pórtico lateral de esbeltas columnas, que sostienen gráciles arcos de herradura. Fue edificada esta iglesia en el año 915. Manuel Gómez Moreno, el gran maestro de arqueólogos medievalistas, en su tratado *Excursión a través del Arco de Herradura*, coloca a San Miguel de Escalada —junto a San Cibrián de Mazote (Valladolid) y a Santa María de Melque— entre las más puras construcciones mozarábegas. Arco de herradura que para muchos puede significar la influencia árabe, traída por estos cristianos arabizados, es precisamente todo lo contrario, ya que fueron los modelos visigodos los que infundieron en la arquitectura árabe de todo el mundo los módulos de herradura, hasta entonces inexistentes entre los pueblos orientales. Esto es lo que traían los mozarábegas a sus hermanos cristianos de las tierras burgalesas, donde ya se había perdido esta tradición.

También aportaban, cuidadosamente conservados por sus obispos —y mártires— el antiguo rito cristiano, que por ellos se llamaría *mozárabe* o *gótico*. Esta forma tradicional importada duraría entre los cristianos de de los monjes de Cluny, que con ímpetu extraordinario unificaban los cultos —y la letra de los libros, y la música religiosa— de la cristiandad occidental, imponiendo el nuevo rito. Pero leoneses y castellanos conservaron en algunos sitios las viejas formas mozarábegas, que aún se prac-

tican en Salamanca y Toledo, donde hay capillas de rito mozárabe ¿Por qué no renovar este ritual en un templo de la provincia de Burgos, tan cualificado como es el de San Miguel de Escalada, milagrosamente conservado después de mil sesenta años? Queda aquí la propuesta.

LA RUTA JACOBEA

Frase muy elocuente de una vieja tradición cristiana es la de «remover Roma con Santiago», como instancia última para conseguir la resolución de algo importante. En cierto modo estos dos polos de la cristiandad nos indican claramente la importancia cristiana de las tierras hispanas, desde la consolidación de los reinos cristianos del Norte de España, hasta bien entrada la Edad Moderna. Santiago de Compostela es, por lo tanto, uno de los focos de la religiosidad medieval. Pero..., para llegar hasta Santiago había que atravesar los Pirineos, e internarse en tierras regidas por diversos monarcas, no siempre seguras, por el estado de guerra constante —en especial hasta el siglo XIII— y el peligro de caer en manos de las incursiones mahometanas. Este estado de guerra constante era ese fenómeno histórico típicamente español, que conocemos con el nombre de *Reconquista*. Fenómeno que si tiene el aspecto de guerra religiosa, encierra también un anhelo político-territorial que se amparaba en el recuerdo de la unidad peninsular perdida del reino visigodo, aniquilado casi sin combatir por la irrupción árabe en 711.

Sí, para llegar hasta el extremo occidental de la antigua *Gallaecia*, había que atravesar dilatadas y difíciles tierras, poco pobladas, y entre cuyos pagos, aldeas y pequeñas ciudades había enormes extensiones desérticas, en el directo sentido de esta palabra: deshabitadas. El viaje en sí era un riesgo que sólo la fe del peregrino podía desafiar, buscando postrarse ante la única tumba que en Occidente —salvo la de San Pedro en Roma— albergaba los restos de uno de los discípulos de Cristo. Pero antes de seguir adelante tenemos que contestarnos a varias preguntas, que nos planteen respuestas, que nos indiquen lo que supusieron las tierras burgalesas —situadas en el centro mismo de la ruta hispana— para que no sólo las peregrinaciones no se interrumpieran, sino que pudieran llevarse a cabo, realizarse.

La primera pregunta es: ¿Cómo supieron los cristianos europeos que los restos del Apóstol Santiago reposaban en tierras españolas? La contestación parece fácil: porque se difundió la fama del hallazgo de la tumba. Evidente, pero no esclarecedor, porque había que saber también por-

qué reposaban estas reliquias eternamente en Galicia. Pasemos revisión a los datos de que disponemos: los relatos post-bíblicos, absolutamente fiables, cuentan como Yacub, Jacobo o Yago —que según cada lengua, así era su nombre— fue decapitado por Herodes, siendo por lo tanto protomártir. Parece indudable que su entusiasmo por predicar la doctrina del Maestro —entusiasmo que le mereció, de boca de Jesús el apodo de «hijo del Trueno»— fue sin duda, a los ojos del Tetrarca una muestra de alteración del orden, y lo eliminó expeditivamente. No cabe duda de estos hechos, en lo que la moderna investigación alcanza a acercarse a la verdad. Entonces, si muere en Palestina ¿cómo es que su cuerpo está en Compostela? La respuesta, que nunca la investigación parece que pueda confirmar, está en una tradición piadosa, que aparece muchas veces en textos del cristianismo primitivo, que afirma que a Sant-Yago le correspondió la evangelización de Occidente y en ésta concretamente Hispania. En el curso de esta predicación, a orillas del Ebro, se le aparecería la Virgen María en carne Mortal, levantando su cansado ánimo y cuerpo. Como no hay comprobación documental contemporánea a esta predicación, sabios cristianos incluso han dudado de que Santiago estuviera en España, entre ellos el famoso Padre Juan de Mariana (S. J.), en su polémico tratado *De adventu beati Jacobi in Hispaniam*.

Pero si se admite la santa tradición cristiana, todo es más fácil, ya que sabiendo del amor a las tierras que él evangelizó, fueron los discípulos del Apóstol los que, venciendo dificultades mil lo llevaron desde Palestina hasta un terreno cercano a Iria Flavia (La Coruña), enterrándolo secretamente. La memoria de estos hechos se perdió durante siglos, hasta que la tumba reveló por sí misma su existencia.

Sí, por sí misma dio noticias la sepultura sagrada. En las húmedas tierras del interior de Iria Flavia se vio en la noche un fatuo llamear, que las gentes consideraron como un aviso prodigioso. Era a fines del siglo VIII, reinando Alfonso II, cuando los cristianos del norte se aferraban a su fe, pese a la presión mahometana del emirato cordobés. En aquel *Campus stellae*, brillaban fuegos como estrellas, se halló un sepulcro, que automáticamente se disputó ser el del Santo evangelizador de Hispania, de Yacub, o Yago, el legendario «hijo del trueno». Y así nació una verdadera estrella, que atraería desde entonces a los cristianos de todo el orbe europeo.

Aún nuevas preguntas, ¿cómo, de dónde y por dónde venían los que buscaban visitar la tumba del Santo? La imagen del *romero* (el que va a Roma) o del *jacobeo* no son similares... El *romero* para llegar a Roma,

aunque no fácilmente, pues había heladas montañas para llegar a Italia, y caballeros-ladrones en los caminos germánicos, atravesaban tierras que no habían sufrido, ni sufrían, un despoblamiento secular; hallaban ciudades y caminos, que databan de la época romana. El *jacobeo* aprendía que las calzadas eran largas, que faltaría muchas veces la comida, y que le acechaban fríos y penurias. Y también enfermedades y desfallecimientos. Su imagen es conocida: sombrero de anchas alas, para protegerse del sol, sandalias de cuero, amplia y pañosa capa para el frío, y una *venera* —concha como la palma de la mano— para beber en los arroyos. Y un bastón o báculo.

Para que las penalidades fueran menores, nació la primera organización *turística* del mundo, y subrayamos la palabra para destacar su significado, disculpándonos por el anacronismo. El turismo moderno es comercio, y también industria, es económico y busca la ganancia, y el provecho, como es lógico en actividades comerciales o industriales. Aquel sacro turismo —aunque también generó economía, como veremos— no era interesado, aunque cumplía dos de las premisas fundamentales de trasiego humano de unas tierras a otras: caminos y hospedaje, a lo que se añadían los hospitales.

Un santo varón, riojano, pero casi castellano, Domingo, arreglaba los caminos o *calzadas* (camino para ser recorrido a pie, calzado, de *calceus*, zapato en Latín), y en su humildad se hizo enterrar bajo las losas de las vías que reparaba para facilitar el paso de los peregrinos. Hay en Castilla, en las tierras burgalesas, muchas poblaciones que se llaman así, como Calzada de Bureba. De este modo viajaban los fervorosos turistas medievales, no por ver mundo o conocer costumbres exóticas, sino padeciendo exóticas incomodidades y peligros. Buscando *llegar*, que no *pasar y ver*, como ahora.

Para contestar a la segunda pregunta —de dónde venían— podría responderse simplemente, diciendo que de todo el orbe cristiano occidental. Pero esto no basta, porque los caminos y las procedencias eran muchos. Antes de decir cuáles eran las vías burgalesas, veamos por dónde entraban en la península los francos, flamencos, ingleses, provenzales, alemanes e italianos, que de todo el mundo devoto acudían a Compostela. Es seguro que ya desde el siglo IX comienzan —aparte de los hispanos— a afluir los peregrinos, y en el siglo XI los caminos son mencionados en docenas de escritos de todos los países. Hubo, según aseguran los investigadores, cuatro rutas de llegada a los Pirineos. La primera, ya enfocada a España, partía de Arlés, por Montpellier, Narbona, Tolosa de Fran-

cia, abocando a Olorón. Era esta la ruta provenzal y de los italianos, a la que también acudían los germanos del Sur, que la llamaron la *Oberstrasse* o camino superior. La segunda partía de Notre Dâme du Puy, pasando por Moisaac, hasta Ostabat, y era el camino borgoñón. La tercera salía de Bourges (el Burgos francés) y llegaba hasta Ostabat. Y la cuarta se iniciaba en Orleans, siguiendo por Poitiers y Burdeos, coincidiendo con las otras también en Ostabat; era la ruta de los ingleses, los flamencos y los alemanes del Norte, que la llamaban *Niederstrasse*, camino o calle de abajo.

La idea —generalizada— de que la gente de otras épocas, indudablemente menos dotadas de medios y tecnología, eran carentes de sentido práctico, como niños desorientados, o provincianos necios, no debe llevarnos a pensar que no había organización para las peregrinaciones, o que se iba a ciegas, a la aventura. Del siglo XII es el *Liber Sancti Jacobi* (Libro de Santiago), verdadera guía de peregrinos, en la que iban indicadas las poblaciones y las asistencias de la ruta. Se entraba en España por Roncesvalles y Pamplona y, desde el siglo XIII —en que Guipúzcoa y Alava dependen del reino de Castilla— por Irún o desde San Juan de Pié de Puerto.

Desde el siglo XI los reyes cristianos, los grandes nobles y las ciudades que se van poblando, atienden las necesidades de los peregrinos. Alfonso XI funda hospitales en Burgos, protege al Santo Domingo, que con su actividad reparadora de caminos, puentes y la creación de un hospital, da lugar al nacimiento de la población que lleva su nombre. El propio rey —como los de Navarra y Aragón— atiende a estos mismos intereses de la cristiandad, repoblando aldeas en el camino de la ruta jacobea. Alfonso VI se ocupa de Logroño y Villafranca del Bierzo.

Las etapas de la ruta jacobea por España, se calculan en trece, aunque es seguro que fueron muchas más, según la andadura de cada grupo de peregrinos, ya marcharan a pie o a caballo; los primeros eran los humildes o los que habían hecho la promesa de ir andando, y los segundos comerciantes —no siempre desinteresados—, o caballeros, con sus servidores. De estas grandes etapas corresponden a tierra burgalesa dos, la cinco y la seis. Desde Nájera a Burgos y desde esta ciudad hasta Castrojeriz, para salir por Frómista. Pero dentro de la actual provincia de Burgos, también eran varias las vías utilizadas, pues se podía entrar por Miranda de Ebro o por Belorado —el viejo Bilforado latino, de los amenos prados— como ha estudiado exhaustivamente el benemérito historiador burgalés Luciano Huidobro, en libro magistral. Los caminos no siempre

coinciden con las actuales carreteras, ni con las antiguas vías romanas. Los dos dichos caminos, desde la entrada en la provincia, seguían los itinerarios que indico a continuación: el primero iba por Miranda de Ebro, Orón, Pancorbo, Señeda, Grisaleña, Cameño, Briviesca, Prádanos de Bureba, Revillagodos, Quintanavides, Santa Olalla de Bureba, Quintanapalla, Rubena y Villafría, entrando por Gamonal a Burgos. El segundo, antes de llegar a Belorado, pasaba por Redecilla del Camino, Catil Delgado y Villamayor del Río. Desde Belorado —punto importante de hospitales— había otros caminos, que conducían a Burgos. Ya desde la Cabeza de Castilla, los peregrinos seguían hasta Castrojeriz, dirigiéndose a Frómista, urgidos por pasar las tierras palentinas y seguir por las leonesas hasta Compostela. Pero, indudablemente, sin Navarra primero y —sobre todo— sin las tierras burgalesas en el centro, hubiera sido difícilísimo continuar adelante.

La acción de protección de los peregrinos no era interesada, sino, muy al contrario, caritativa, y como una obligación moral, que magnates, reyes y gentes humildes procuraban cumplir. El ejemplo de San Juan de Ortega edificaba a los propios reyes de Castilla, al verlo desposeerse de sus propiedades —pese a las pérdidas producidas por las depredaciones de las guerras que movió el «batallador» Alfonso I de Aragón— para donar su fortuna al servicio de los peregrinos. Todos seguían su ejemplo.

También había su gracejo. No todos sabían leer, y por ello la musa popular componía pareados, de fácil aprendizaje memorístico, que eran como «slogans» publicitarios, y aviso de lo que podía encontrar por el camino, o advertencia. Uno, por ejemplo, decía:

Villafranca de Montes de Oca,
alta cama y pobre ropa.

Lo que era muy importante en aquellas alturas frías. Pasaban por allí, pero siempre seguían adelante.

Como en todas las cosas humanas, aunque sean promovidas por la fe —como Lourdes, Fátima, Jerusalén, o Roma— los espíritus menos espirituales, valga la paradoja, también entonces supusieron sacar provecho del entusiasmo peregrino. En los días modernos son las agencias de viaje, el gremio de hostelería y los fabricantes o vendedores de «souvenirs». No debe, pues asombrarnos que entonces —desde el siglo IX al XVIII— sucediera lo mismo.

El *Camino de Santiago* fue una fuente económica y de «mercado común» increíble. No sólo se vendía lo necesario, que los peregrinos com-

praban por necesidad, sino también recuerdos, como las famosas *higas* deazabache, estudiadas por José Ferrandis, por ejemplo. Los francos y gascones —que llegaban a fundar barrios en las etapas burgalesas de la ruta— y los comerciantes italianos, descubrieron en qué podía consistir su *ayuda*, y el gran provecho que de ella podían extraer. Un auge económico indudable, que benefició a todas las tierras cruzadas por la Vía Jacobea, es para Castilla y para las tierras secas de la provincia burgalesa, como un rocío matutino, que lo reverdece durante siglos. La familia de los Bonaficii son unos de ellos, y los que se trasladaron a Burgos, tan alejado de su Liguria natal, nunca sospecharon que la sangre navegante de su estirpe retoñaría en la persona del futuro almirante de Castilla, Ramón Bonifaz.

Todas estas cosas, como la generalidad de las relaciones entre humanos, tienen otras consecuencias no planeadas: el trasvase de cultura. El hombre, hasta el más humilde es el *kulturträger* de Frobenius y con el báculo de los peregrinos, con sus mantos y sus veneras, venían también a Castilla, a las tierras burgalesas, las esencias culturales de Francia. No sólo los usos y las modas, sino los modelos de iglesias de «peregrinación»; con su girola para las procesiones. Porque Francia, que con Carlomagno había renovado las formas latinas todas estas auras a la empobrecida tierra de la Reconquista. La Castilla medieval, cuyo centro y corazón eran las tierras burgalesas, respiraba nuevamente unos aires culturales que parecían perdidos, aunque los había afirmando la afluencia cristiana del Sur, desde el siglo X, de los mozárabes andaluces, como hemos visto.

Las gentes de Francia, Inglaterra, Flandes, Alemania, Provenza e Italia, traían una afirmación de la latinidad, que luego consolidarían los monjes negros de Cluny y los blancos del Cister, en sus monasterios burgaleses.

Un ejemplo claro de esto fue la acción de doña Beatriz de Suabia —el Schwaben actual, en Alemania—, la cual, en las tierras que le donara su regío esposo Fernando III de Castilla y León, instaló a la Orden de los Caballeros Teutónicos, de la regla cisterciense. Uno de los monasterios creados fue el de Gumiel de Hizán. Pero ésta es una historia que merece narración independiente, como veremos.

UN RECUERDO DE GUMIEL DE HIZAN

Una de las fundaciones, como hemos dicho más amadas de la esposa de Fernando III fue la del Monasterio de Gumiel de Hizán. Era tan impor-

tante este Monasterio (como su compañero de *Sacramönia* (muro sagrado) de Segovia, que desde Alemania se le enviaban dones y reliquias. El más importante de estos envíos fue el de San Engelberto, obispo de Colonia y Príncipe Elector del Sacro Imperio Romano Germánico, que vivió desde fines del siglo XII hasta 1225, en que fue asesinado, para heredarlo, por sus sobrinos. Consistía el donativo en 200 reliquias de Santos, encerradas en bustos de madera y plata, para que ornaran y enriquecieran el templo monástico.

La importancia de la construcción monumental y del propio Monasterio duraba a comienzos del siglo XIX, en la época de la invasión napoleónica. Las estancias monacales, sus dependencias, eran tan amplias que todo un cuerpo de Ejército francés se acuarteló en ellas, en su camino hacia Madrid. Sabido esto, sería lógico pensar que todavía existía el famoso Monasterio. Tendría ocasión personal de hacer una dolorosa comprobación.

Hace años, acompañando a un investigador de las fundaciones de la Orden Teutónica en España, tuve ocasión de visitar Gumiel de Hizán, deseando conocer «de visu» tan importante Monasterio de cistercienses y caballeresco, cuya fama pregonaban docenas de veces los documentos medievales. El viaje por carretera, que aún no tenía las desviaciones actuales, nos llevó hasta la plaza del pueblo, donde inquirimos noticias de dónde estaba el Monasterio. «¿Un Monasterio aquí?» nos contestó preguntando —según costumbre campesina— la persona de la que solicitábamos información. Instado, nos condujo a la parroquia, donde aseguraba que era el único sitio donde se conservaban cosas antiguas. Y así era. El párroco nos mostró algunos relicarios en la sacristía, y fragmento de gárgolas y otras decoraciones de piedra, que nos dijo procedían del Monasterio, pero que éste... ya no existía.

Acompañados por el sacerdote visitamos unas tierras de labor, fuera de la población: allí había estado el Monasterio ¿Cómo era posible que en menos de siglo y medio una enorme edificación hubiera sido raída de la tierra? No quedaban más que los restos de unas cuadras de tapial, conservadas sin duda porque sus materiales no eran reutilizables ¿Qué había sucedido para que las moles graníticas de la fábrica del Monasterio desaparecieran? En 1822 habían sido vendidas como pertenecientes a «manos muertas», eclesiásticos, en la *desamortización* de los bienes religiosos. El Monasterio había pasado a manos de particulares, que apreciaron más los terrenos que la construcción, entre otras cosas porque

los sillares de sus muros servirían para la construcción de casas u otros edificios.

No quedaba, pues, más que lo que sin casi sitio para ser contemplados, habíamos visto en la sacristía parroquial, pobre resto de la munificencia de San Engelberto en el siglo XIII.

Una pérdida más de terrenos artísticos, producida por el depredador siglo XIX y sus gobernantes.

SINTIENDO LA HISTORIA

No existe en toda la geografía peninsular un solo pueblo que explique mejor su grandeza e importancia —pese a su modestia— en su propio nombre, que el burgalés *Mecerreyes*, adquirido con justicia en el siglo XIII, por haber sido lugar donde pasaron su edad temprana monarcas e infantes. Hay en ésta y otras denominaciones (como Villaquirán de los Infantes, porque allí se criaron don Fabrique y don Enrique, hermanos de Alfonso X) un sentido histórico, una vinculación a la Historia como algo vivo, que pasa dejando huella, afincándose en la tierra. Viene esto a cuento, porque es sin duda esta esencia telúrica la que produjo o formó la conciencia historicista del primer historiador —valga la redundancia— en lengua castellana: Alfonso X *el sabio*.

Todos sabemos que Alfonso nació en Toledo —que siempre sintió por su ciudad natal (y donde sería enterrado) una reverencia especial— pero no todos conocen que su formación fue burgalesa, ya que se le trasladó muy niño a Celada y Villaldemiro, pueblos de la merindad de Castrogeriz, no lejanos de Villaquirán, a donde seguramente hizo excursiones para visitar a sus hermanos. Allí recibiría también sin duda a su padre, que había reunido a sus hijos en las tierras ásperas, frías, pero sanas, donde él —San Fernando— también había gozado de contactos familiares, especialmente en la no lejana Muñó, donde iba a pedir consejo a su madre o a reunirse, con la presencia de ésta, para importantes decisiones.

Los andares condujeron por esta comarca al Rey Alfonso, como lo comprueban documentos suyos, hasta Pampliega. Leemos en un pergamino de 13 de abril de 1274 (cuando su reinado ha cumplido ya varios lustros) lo siguiente:

«Sabiendo ciertamente que de noble Rey Bamba, que fue de linaje de los godos, et sennor de las Espannas, et de otras tierras muchas que

él ganó con la merced de Dios et con su esfuerço, et con la su bondat, et asosegó et puso en buen estado, assí que contienda ninguna non dexó en todas sus tierras... Et demás de todo esto sopo traher de guisa su hacienda, et por acabar bien su tiempo, et salvar su alma, que antes que muriese tomó Religión de monjes negros en Sant Vicente de Pampliega, que era de los contados monasterios que ayve en España en aquella saçon».

Pampliega había figurado, sin duda, entre los atractivos de sus excursiones juveniles, en las que le acompañaba seguramente García Gutiérrez, que en documentos de la época se titula *ayo del infant don Alfonso*, hermano de Gonzalo Gutiérrez, mayordomo de la Reina Beatriz de Suabia. Esto es una prueba de cómo la Reina se procuraba de la educación de sus hijos, en especial de su primogénito y heredero del reino. Cuando hablaba don Alfonso con su padre, estaba presente la memoria de las meriendas en el camino a Pampliega, y en ellas Alfonso oyó de boca de Fernando III que en San Vicente estaba enterrado el godo Wamba (que él llama Bamba). En este conversar familiar, en que se habla de proyectos que a lo mejor no se cumplen, Alfonso conocería el propósito de su padre el Rey de trasladar a Toledo los restos del monarca godo, que en Toledo, precisamente había tenido la capital de sus reinos. Padre e hijo comentarían que el hecho del enterramiento de Wamba en San Vicente estaba probado por la autoridad de los escritos del arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada, su *Historia de Rebus Hispaniae*, y —como nos dice el documento citado— por el testimonio «de los de la villa, que mostraron el lugar do yazíe enterrado, ante la puerta de la egle-sia».

Es seguramente por el recuerdo de estas pláticas, que estando de viaje desde Valladolid a Burgos, se detiene en Pampliega. El mismo lo relata, afirmando textualmente:

«Onde nos, sobre dicho Rey Alfonso, después que regnamos, fuemos en aquel lugar (Pampliega) et sopiemos todas estas cosas ciertamente».

Esto había sucedido en el año 1254. Veinte años después, en 1274, decide poner en práctica el proyecto de su Santo antecesor y padre. Leamos las palabras escritas del documento, que relatan una de las primeras exploraciones arqueológicas de la historia de España:

«Salimos de Burgos, et acaecimos de pasar por Pampliega, et quisiemos probar sy yazíe enterrado en aquel lugar o nos dezien. Et mandamos lo cavar de noche a clérigos et a omes buenos de nuestra Casa, et otrosí de la villa, et quiso Dios aquel fallamos».

Podemos figurarnos la escena: el cortejo real se detiene en Pampliega, salen a saludarnos y a cumplimentar al Rey los principales de la villa, pero el Rey Alfonso no sigue adelante, sino que se detiene. Confirma las noticias que ya había recogido en su niñez y a comienzos de su reinado —1254—, y se hace conducir a la puerta de la «eglesia». Ya es de noche, se encienden hachones y los «clérigos» y hombres buenos del cortejo piden la ayuda de peones de la villa. El pueblo todo permanece silencioso, alejado por los sayones reales, pero contemplando la escena. Se cava donde la tradición dice yacía el cuerpo del Rey godo: sordos golpes de zapapico, liviano caer de las palabras de tierra, y... ¡por fin! alguien grita —como el Rey Alfonso en su documento— «¡lo fallamos, lo hallamos!».

Aunque el documento no lo dice, es lógico reconstruir la continuación de los hechos: conducción del deteriorado féretro hasta el interior de la «eglesia», con respeto y sencilla pompa. Velatorio del cadáver hasta el amanecer, y disponer lo que ha de hacerse. El propio Rey nos lo cuenta:

«...tomámoslo ende, et mandamos le levar a Toledo a enterrar, que fue en tiempo de los godos cabeza de Espanna, et o antiguament los emperadores se coronauan».

Sentido histórico de la continuidad de las jerarquías y de las estirpes, de la sucesión de las dinastías, enlazadas por el común interés del regimiento de las tierras de «Espanna», de unir las «Españas». Sentido histórico absorbido por Alfonso X durante su infancia en tierras burgalesas, pisando los egidos donde se mecieron las cunas de su abuelo Alfonso VIII y de sus hermanos, Mecerreyes y Villaquirán de los Infantes.

MEMENTO AMERICANO

España tiene lo que Stephan Zweig llamó «momentos estelares». Uno de ellos es haber conseguido el hallazgo y la posesión de un mundo —América— nuevo. Hay dos ocasiones en que las tierras burgalesas protagonizan pasajes importantes de lo americano en España. La primera es el regreso de Colón después de su segundo viaje y la segunda el comienzo de una legislación y un Gobierno para las Indias. Hagamos, pues, un breve *memento* americano.

Recordemos que el descubrimiento y primeras acciones en América son obra de Castilla. Y que esto fue reconocido por todos. Cuando Antonio de Herrera y Tordesillas historia, a comienzos del siglo XVII (1620), los acontecimientos americanos, titula su obra *Historia de los hechos de los*

castellanos en tierra firme e islas del Mar Océano. Bueno, es por lo tanto, que hagamos un *memento* americano por el protagonismo burgalés en los asuntos de las Indias.

Hay un fuerte contraste en las dos entrevistas de Cristóbal Colón al regreso de sus dos primeros viajes, con los Reyes Católicos. Vale la pena que los comparemos. Cuando Colón vuelve del Descubrimiento, se dirige a Barcelona, donde están los soberanos. La Barcelona mediterránea, soleada, luminosa, abierta al marco del mar de la civilización antigua. Colón es acogido en la gran sala —el *Tinell*— del palacio de los Condes de Barcelona, digno marco para la gran recepción que unos reyes que han completado la faz de la Tierra con el descubrimiento de las Indias, dispensan al héroe de la hazaña. Los castellanos, en cuyo nombre se había realizado la singladura del Atlántico, sólo ven el desfile del cortejo, las multicolores plumas de las aves exóticas, y las bronceadas gentes que el almirante de la Mar Océana ha traído consigo. No es aún el momento de Castilla.

Pasados unos años, pocos, las tierras burgalesas asumirán el protagonismo, en hechos menos brillantes, pero más profundos. Es el otoño de 1496, cuando, al regreso de su segundo viaje, en el que se diera por perdido, Colón es recibido por los Reyes Católicos, en la Casa del Cordón de la Cabeza de Castilla, cuyo cordón franciscano —a lo que debe el nombre— reza con el humilde sayal con que se ha vestido el Almirante. Se ha vestido así porque teme una recepción tirante, pues sabe que ha habido informaciones contra él. Colón ha estado tanto tiempo ausente, sin que se supiera nada de él, que los Reyes han tenido que organizar las navegaciones, aunque este menester era privativo del ausente, según las *Capitulaciones* de Santa Fe. El obispo de Badajoz, que no era precisamente amigo de Colón, ha intrigado, otros han intentado desacreditar los actos del Almirante. Podía decirse que en esta entrevista Colón esperaba, como suele decirse, lo peor.

Pero nada de esto sucede; los Reyes han hecho oídos sordos a las maledicencias (algunas fundamentadas en errores colombinos), y lo reciben sin darse por enterados, y siguen dando a su Almirante el mismo trato y confianza de siempre. Grandeza castellana (Fernando el Católico era nieto de un Príncipe castellano) en el marco de la capital de Castilla.

Pasados unos años, muerta la Reina y también Colón, mientras que el Rey Fernando sigue siéndolo de Aragón, pero no de Castilla, heredada por doña Juana, la trastornada «archiduquesa» casada con el hermoso Felipe de Flandes. Las Indias ya no son solamente un problema náutico, o comercial, como el de los portugueses en Africa, sino jurídico y político: se im-

pone organizar aquellas tierras lejanas, sobre las que se va extendiendo la soberanía castellana. Para ello se crea la *Junta de Burgos*, para que se encargue de todos estos complicados problemas. De este modo Burgos, en medio de las tierras de la actual provincia, se convierte, por unos años, en la capital política y administrativa del Nuevo Mundo. Vale la pena que nos hayamos detenido en este *memento americano*.

ROA

Esta población, fundada en el siglo X, iba a tener en el siglo XVI un protagonismo inesperado, ya que en ella se corta una página histórica, para dar comienzo a una nueva etapa. Era el año 1517.

La muerte del Rey Fernando el Católico había dado pie a un cúmulo de intrigas. Los cortesanos se habían apresurado a correr hacia las tierras de Flandes, pretendiendo hacerse con la voluntad del joven heredero, Carlos de Gante, nieto del fallecido monarca de Aragón, y hasta pocos meses antes regente de Castilla. Los que se habían quedado procuraban dificultar las funciones del regente establecido testamentariamente por Fernando: el Cardenal Francisco Jiménez de Cisneros. Este, como sabemos, consiguió navegar hábilmente por el mar encrespado de las intrigas y subversiones, gobernando en nombre del futuro Rey, con autoridad soberana, organizando una milicia real, la *Gente de Ordenanza*, y hasta expediciones punitivas al Norte de Africa, con una feliz intervención en Orán. Y también iniciando una original gobernación en las Indias, por medio de frailes de la Orden Gerónima. Cisneros significaba el puente entre la monarquía de los Reyes Católicos y el nuevo orden, que venía galopando desde la corte imperial de Maximiliano.

Con visión de estadista, Cisneros estableció el centro de su gobierno en Madrid. Desde allí parte, en cansado viaje por los duros caminos de Castilla la Nueva, hasta la tierra burgalesa, para rendir el informe de sus servicios a los pies del nuevo Rey, que desembarcaba aquel año en la costa cántabra. Pero en Roa se puso enfermo y allí rindió su informe ante un juez más alto, pues moría el 8 de Noviembre de 1517. ¿Fue víctima de quienes querían eliminarlo de las proximidades de la nueva Corona y del nuevo Rey? Esto nunca se sabrá. Mucho se dijo en su tiempo que había muerto envenenado, y aún hoy, si preguntamos a alguna persona de Roa qué fue lo que pasó allí, entonces, con el Cardenal Cisneros, la contestación será, sin titubeos: «aquí fue donde le dieron a Cisneros la sardina envenenada».

Aunque disputemos mera conseja malévola el hecho, lo cierto es que con el fallecimiento del Cardenal, en Roa se cerraba toda la etapa de gobierno de las gentes que había dirigido la política y la marcha del Estado en tiempos de los católicos Reyes, que Carlos I, que juraría sus reinos poco después, partiría de una base nueva, con hombres nuevos, con una política nueva.

ENTREACTO FILIPINO

Nadie ignora lo que en la historia de España significa Felipe II. La imagen del «Demonio del Mediodía», como lo designaron los luteranos calvinistas, y la que nos ofrecen los más entusiastas panegiristas, lo muestran encerrado en sus modestas y humildes estancias de El Escorial. Esta presentación adusta, puede llevarnos a pensar que el Rey super-burócrata, pero que sin embargo concibió los más ambiciosos planes de imperio que España tuvo, fue un hombre sin debilidades, sin personalidad propia para sus gustos privados. Casi nadie sabe que, en un recoleto reducto de la mole escurialense, el gran Felipe cultivaba delicadas flores, ni que su espíritu ascético, que todo lo asentaba a la tremenda fe católica que tenía le impidió, paradójicamente, comprender la significación artística de Doménico Theotocopulis, aficionándose, por el contrario, a la grotesca ironía moralista de un Hieronymus Bosch. Y, tampoco, que obediente vasallo espiritual de la Iglesia, enviara al Padre Acosta para que procurara en Roma que no triunfara el Cardenal Acquaviva en su generalato de la Compañía de Jesús, pues no le agradaba que la milicia ignaciana saliera de las manos de un superior español. Porque en él triunfaba la españolía sobre todo.

Pues bien, el Rey Felipe, que se casó cuatro veces, parece que tuvo juveniles amoríos, de los que se guardan recuerdos en tierras burgalesas, concretamente en Saldañuela, en terrenos que casi corresponden hoy al alfoz de Burgos-capital, por lo tanto en la provincia burgalesa.

Saliendo de Burgos para Soria, después de Sarracín, antes de Hontoria de la Cantera, a la izquierda, el viajero encontrará un palacete de aire renacentista, hoy propiedad de la Caja de Ahorros Municipal de Burgos. Allí habitó doña Isabel de Osorio y Cartagena y Rojas —nobles y alcurniados apellidos— que tuvo en aquellos pagos su señorío. ¿Mandó construir, con columnas extraídas de la cantera de Hontoria, el infante Felipe, este retiro para ella? ¿Son alguno de los hijos que tuvo la consecuencia de amores —como se dijo también— con el *taciturno* Guillermo de Orange, o del propio don Felipe, cuando aprendía las mañas de la corte y la ciencia de go-

bernar? Sólo si nos fiamos de tradiciones malévolas podríamos aceptar que hay algo de verdad en estos recitados, pero la tradición popular aún designa a aquel palacete renacentista como *la casa de la...*

También los imperios tienen sus claroscuros, y si Carlos I tuvo un bastardo —luego ilustre y reconocido—, no debemos dejarnos llevar por un triunfalismo excesivamente patriotero, para hacer santos a los grandes hombres, y sí admitir que quizá la sangre de los Austrias también corre por las venas de lejanos descendientes de esta estirpe real, en tierras burgalesas.

* * *

RAPIDO RECORRIDO GENERAL

A falta de una historia completa de los que fueron en el tiempo todas las tierras de la actual provincia de Burgos, hagamos un recorrido final por las líneas generales de su constitución, a lo largo de los siglos, de una personalidad regional, provincial, que unifica en el sentir y en el actuar a gentes de Villarcayo o Medina de Pomar, con las de Aranda de Duero o Roa, de de Belorado con Castrojeriz, porque todos son una sola cosa: burgaleses, sin fisuras ni rivalidades.

Zona montañosa y mesetaria, fue cruzada sin duda por cazadores paleolíticos, poblada luego por neolíticos constructores de dólmenes donde enterrar a sus jefes y «sahmanes», y para ser recorrida después por celtas a caballo, armados de férreas espadas de antenas, o de largos *soliferreum*, criadores de ovejas, ancestrales parientes de los *merinos* castellanos, y de cerdos, a la par que de ganados de caballos y bovinos. Todo esto desde 20.000 años antes de Jesucristo, hasta que aparecen los latinos. La larga lucha de conquista que Roma lleva a cabo en Hispania, que finaliza con la ejecución por Marcus Agrippa de los últimos caudillos cántabros, termina con la *Pax Romana*, que organiza los conventos jurídicos, establece la *lex*, funda ciudades importantes, y rotura los campos, cuida los pastos de los rebaños y construye señoriales *villas* con pavimentos de mosaico. Por las *vías* romanas pasan las gentes que desde el Mediterráneo van hasta Iria Flavia, o descansan en Clunia, que tras la *paz de la Iglesia* concedida por Constantino, se convertirá en sede episcopal, que los visigodos respetan. Estos, tras sus luchas con los suevos, instalan a sus gentes en los Campos Góticos, y conservan a los montañeses de la futura Castilla, de habla rústica o *sermo provincialis* y cazurra sabiduría campesina.

Todo lo trastoca, en un inesperado giro de la Historia, algo que nadie ni nada hacía prever, después de los reinados visigóticos, alguno tan ordenador de España, como el del anciano Wamba, enterrado en Pampliega. Lo inesperado es la llegada de unas gentes de las que nadie en Hispania tenía la menor noticia, sólo unos años antes, a comienzos del siglo VIII. Eran los mahometanos. Venían guiados por un fervor religioso nuevo, cuyo empuje los había hecho dueños de todo el Norte de Africa, en menos de un siglo. Así habían llegado a las tierras meridionales de la península Ibérica, en la que penetran, tras desarticular la resistencia del Ejército visigodo, que en tiempos de Witiza había fundido el acero de las armas en hierro para los arados.

Esta irrupción todo lo trastoca y las gentes se repliegan titubeantes, indecisas, temerosas ante unos caballistas de rostros oscuros, envueltos en amplios capotones blancos. Se ha escrito que la población hispanoromana se mostraba indiferente ante el «cambio de dueño», y que a ellos les daba lo mismo ser vasallos de los godos que de los musulmanes. Esto no es cierto, entre otras cosas porque los recién llegados traían una nueva religión, que no era cercana al catolicismo, como lo había sido la herejía arriana, sino que era enemiga de éste. Y no lo es tampoco porque los árabes de Tarik traían consigo a unos colaboradores voraces —mahometanos nuevos—, los bereberes, que acabarían enfrentándose con ellos.

Parece que hay una atonía hispana, como si las gentes de ella estuvieran presas de un cansancio de siglos, que les traían a cada centuria situaciones nuevas, pero en realidad la reacción fue muy inmediata, tanto de los guerreros visigodos, de los *comes* palatinos toledanos, como de las rudas gentes del campo hispanoromanas, y casi inmediatamente se organiza, muy al Norte, en las montañas asturianas —pero no sólo con los astures— la resistencia contra el invasor. Es entonces cuando comienza lo que erróneamente —a mi entender— se ha llamado Edad Media, como si ésta fuera un túnel oscuro que sirviera de puente entre dos edades brillantes: la clásica y la renacentista. Por el contrario fue una edad llena de belleza humana, de esfuerzo creador, raíz y madre de Europa, de Castilla, y de España, dicho sea sin grandilocuencia. Es entonces cuando de verdad podemos ya tratar de unas tierras burgalesas con fisonomía propia. Tierras que con acierto llamó Manuel de Heredia «cruce de caminos» con una fina intuición histórica.

Parece que entonces quisiera la Historia fabricar una raza nueva, y la Reconquista Astur-Leonesa *limpia* primero, como hemos visto, la tierra bur-

galesa, dejándola vacía de gentes, para luego, como en una operación meditada, *repoblarlas*. Posteriormente un acontecimiento alejado de Castilllla, el descubrimiento de la tumba del apóstol Sant-Yago en Compostela, obligará a los peregrinos a cruzar los campos burgaleses, desde Belorado a Castrojeriz, camino de la palentina Frómista. Y va naciendo una sociedad diferente, de caballeros y labradores, de jueces, condes y guerreros. Estos tiempos de hierro forjan al burgalés de los siglos posteriores, fundiendo a mozárabes con godos, cántabros y vascones, y judíos. Porque el judío burgalés es más burgalés que judío, ya que se incorpora a la sociedad cristiana como converso —incluso ilustre, como los Santa María— con sincera unción. Judíos importantes y cultos, buenos economistas y financieros, como los de Miranda de Ebro, estudiados por Francisco Cantera Burgos, hijo de su misma ciudad.

Tierras burgalesas, que mecen en su cuna a sus reyes, que tienen infantes en Lara y Villaquirán. Tierras de preparativos logísticos para llegar en reconquista hasta Toledo (Alfonso VI) o hasta Valencia (Rodrigo Díaz, el Cid). Corazón de una España viva, bullente e impetuosa, hija de los emperadores hijos de Castilla, audaces burgaleses.

Y, saltando por encima de los tiempos, la capital de la actual provincia, centro transitorio del imperio ultramarino, en momentos decisivos, y luego lánguido y amotinado entusiasmo por la última revuelta oligárquica medieval —digan lo que digan quienes creen que las Comunidades son una rebeldía como la de Fernán González—, a la que abandonan para incorporarse a la marcha de los nuevos tiempos, al lado del legítimo monarca, Carlos de Europa.

Tierras de Burgos, de monasterios cluniacenses, focos de cultura, como Santo Domingo de Silos, o como el real monasterio, mausoleo real, de Oña, del desarrollo de la arquitectura románica, estallante del estilo gótico en su Catedral primada de la provincia. Señorial en el palacio de los duques de Lerma en la ciudad de este nombre, o modesta, muchos siglos antes, en la delicada y finísima iglesia mozarábe de San Miguel de Escalada. Museo permanente de arte en toda la provincia, con el minúsculo retrato de San Francisco en la entrada del claustro catedralicio, o con las dos estatuas, sin igual, de los Reyes Fernando y Beatriz, en el interior del mismo claustro. O destellante belleza en las tumbas del Condestable y su esposa.

Patriotismo enardecido en 1808 frente a la invasión francesa, o enfrentando luego sus pechos, sin fortuna, y sus pobres armas en la desdicha de Gamonal, o viendo su capital incendiada y su castillo volado por la

rabia de la derrota de los más poderosos ejércitos de Europa, en su retirada. Pero produciendo hijos como el cura Merino o Juan Martín, *el Empecinado*.

* * *

Destellos todos, a lo largo de la Historia, del ser y la personalidad de un pueblo, el de las tierras burgalesas, que siempre defendieron la libertad y las causas justas.

Manuel BALLESTEROS GAIBROIS
Catedrático de la Universidad Complutense